

NOSTALGIA DE LAS VANGUARDIAS

*“Temo que no vamos a desembarazarnos de Dios,
porque continuamos creyendo en la gramática”*

Friedrich Nietzsche

En estos tiempos que vivimos, marcados por la globalización, el pensamiento único más o menos débil, la posmodernidad y la deconstrucción, no es infrecuente que voces meditativas, por ejemplo las de Harold Bloom o George Steiner, se alcen iracundas reclamando la vuelta de las visiones totalizadoras, de la alta especulación y el anhelo trascendente. Están en su derecho, por supuesto. Mis nostalgias son otras. Lo que a uno le apena de la posmodernidad, o como quiera llamarse al período cultural en que vivimos, no es que ya no crea en los grandes relatos, sino que haya optado por los pequeños relatos; es decir, por mantenerse dentro de la misma tradición que critica, aunque adoptando una postura de escéptica moderación. Lo que uno echa de menos, en definitiva, es a los grandes transgresores: Blake, Hölderlin, Rimbaud, Mallarmé, Nietzsche, Kafka, Valle-Inclán, Joyce, Pessoa, Beckett, Bernhard. Ellos tampoco creían en los grandes relatos, pero no sólo porque fueran “grandes”, sino porque todos sus autores los contaban igual: así que decidieron contar otra cosa, y de otra manera. No podían evitarlo: eran unos románticos.

Románticos, sí, por desnaturalizado que se encuentre hoy este término, ya que todos ellos fueron creadores o continuadores de la veta más revolucionaria de ese fenómeno dispar al que llamamos Romanticismo, aquella rebeldía romántica cuya esencia, según Isaiah Berlin, eran *“la voluntad y el hombre como acción, como algo que no puede ser descrito ya que está en perpetuo proceso de creación; y no es posible siquiera decir que está creándose a sí mismo, ya que no hay sujeto, sólo hay movimiento”*, que heredó los afanes reformadores de la Ilustración pero vislumbró además que sólo un lenguaje nuevo puede generar una humanidad nueva. Como lo comprendió William Blake -a quien Joyce juzgaba “el poeta más clarividente de la literatura occidental” - cuando creó la figura mítica de Urizen (*your reason*, tu razón, y *horizon*, el horizonte limitado por esa misma razón), colérico moralista y arquitecto

geómetra del mundo, a cuyo vengativo evangelio de un “*un sólo orden, una alegría, un deseo, / una maldición, un peso, una medida, / un Rey, un Dios, una Ley*”, quiso oponer la aspiración a una eternidad dinámica, en perpetua expansión, donde “*los hombres conversen con los hombres*” y aprendan a adorar su propia humanidad “*creando espacio, creando tiempo, de acuerdo a los divinos prodigios de la imaginación humana*”; como lo comprendió Arthur Rimbaud aquel día en que, antes aún que Nietzsche, comenzó a desembarazarse de la gramática escribiendo a un amigo que “*yo es otro*”; como lo comprendió, en fin, Walter Benjamin, durante su triste estancia de 1932 en un Moscú que había condenado ya por reaccionarias las veleidades experimentales del constructivismo y de Maiakovski, al lamentarse amargamente de que pretendiera fomentarse la revolución mediante carteles que reproducían la estética burguesa decimonónica.

Conviene no olvidar, a cuento de estas cosas, que ese mismo impresionismo que hoy nos parece tan realista –la naturaleza, es sabido, gusta de imitar al arte- fue en su tiempo denostado por distorsionar la realidad. O que la transformación de la mirada llevada a cabo en las primeras décadas del siglo XX por el cubismo, el dadaísmo, el surrealismo, el expresionismo, la abstracción y tantos otros movimientos, no fue una mera expresión de arte por el arte, sino fruto de la voluntad de cambiar la sociedad a través de una nueva percepción, obteniendo la merecida recompensa de ser considerados arte degenerado por el nazismo y el estalinismo, al igual que el pensamiento único de nuestros días –regido por las leyes implacables del comercio- no acepta otro experimentalismo que la repetición más o menos matizada de aquellas vanguardias a las que, quien sabe por qué, llamamos *históricas*, como si hubieran existido otras posteriores. O tal vez sí, no seamos injustos: el expresionismo abstracto de Rothko y Pollock –quien, mira por dónde, según recientes investigaciones, resulta que pintaba fractales cuando aún se ignoraba su existencia-; la poesía de Paul Celan; el teatro del absurdo; la emocionante eclosión de mayo del 68, con sus proclamas de “*la imaginación al poder*”... Ahora bien, llegados a este punto, sobre todo tras la alusión a la progenie de Marcuse, Hendrix y demás ralea utópica, suelen surgir los dos grandes argumentos contra todo arte experimental.

Primer argumento: toda esa supuesta transgresión es puro formalismo elitista, incomprendible para el pueblo y sin alcance social. Para responder a esta falacia, que de entrada menosprecia la enorme complejidad simbólica y onírica del arte y la literatura tradicionales, bastaría con repetir lo antes mencionado respecto al impresionismo; pero

cabría añadir, un poco al desgaire, que *La consagración de la primavera* por la que Stravinski fue abucheado y vejado sobre la base de similares tesis, resultó más tarde perfectamente aceptada por los espectadores de una conocida película de Walt Disney, o que sin Joyce no hubieran existido Faulkner ni García Márquez, mientras que una novela como *Cien años de soledad* habría resultado por completo incomprensible incluso para el lector culto de unas décadas antes. Se diría que el pueblo, cuando se le permite el acceso a las innovaciones, es capaz de juzgarlas y asimilarlas mucho mejor de lo que sus celosos guardianes suponen.

Segundo argumento: todo irracionalismo es al cabo una lacra social cuya exaltación favorece la imposición de los fanatismos. De hecho, no ya sólo los ingenuos estudiantes de mayo del 68, sino todos esos vanguardistas e *ismos* que iban a cambiar el mundo eran unos utópicos, porque ¿acaso lo han transformado?

No. No lo han transformado. Aunque, independientemente de que identificar el intelecto con la razón lógica y el realismo epistemológico constituya un curioso reduccionismo, eso de transformar el mundo tampoco se le ha dado muy bien al empirismo crítico que nos legaron nuestros padres. La naturaleza humana no es inmutable, pero nuestra herencia asusta: Saúl cumplió la orden divina de exterminar a los amalecitas, incluidos mujeres y niños, pero perdió el favor divino por perdonar al rey Agag... y a su ganado; algo más tarde, allá por el siglo IX a.C., los asirios perfeccionaban el terror como instrumento bélico, dejando tras sí ejemplarizantes pirámides de cráneos frente a los desolados restos de aquellas ciudades que no habían pagado los tributos; en el año 1014, el emperador bizantino Basilio II Bulgaróctonos, irritado con los 15000 presos búlgaros que habían intentado conquistar sus tierras, decidió escarmentarlos y enviarlos de vuelta a casa mediante el eficaz procedimiento de cegar a todos exceptuando uno de cada cien, aquél que debía servir de guía a la mísera cadena humana. Ahora bien, se dirá, aquellos eran otros tiempos, antes de que la razón ilustrada –moderna, dialogante, coherente- y el progreso tecnológico prometieran traer la felicidad a toda la humanidad. No creo que sea necesario extenderse sobre la historia del siglo XX para sacar conclusiones respecto al cumplimiento de tales promesas. Eso sí, tenemos seguridad social, disfrutada por una sexta parte de la humanidad; tenemos ingeniería genética y una avanzada medicina, que van a acabar con el hambre y el sida en el mundo siempre y cuando quienes los padecen puedan comprar las patentes; y tenemos la Convención de Ginebra, aunque en un reciente libro Sven Lindquist haya descrito cómo, desde la segunda guerra mundial hasta los bombardeos “inteligentes” de

la Guerra del Golfo –librada, no por azar del destino, en los campos de la antigua Asiria-, los ataques aéreos han tomado como blanco principal a la población civil con el expreso propósito de obtener la victoria mediante la instauración del terror.

Todo esto, en cualquier caso, puede juzgarse un tanto apocalíptico, o parcial en su exclusión de otros notables logros de la sociedad tecnológica avanzada. De acuerdo. Pero al menos permite constatar que el empleo del término “utópico”, si lo entendemos en su sentido original como “lo que en ninguna parte ocurre”, es aplicable, sí, a muchos de los autores y movimientos artísticos antes mencionados, e incluso tal vez a aquéllos que sólo pretendieron cambiarse a sí mismos y ser *otros*; pero no lo es menos a quienes con la mejor intención –digamos Kant o Stuart Mill- predijeron que el empleo de la razón traería un mundo de paz perpetua y justicia universal, o al Georg Luckács que en su *Asalto a la razón* anatemizaba a Kafka y Joyce por poseer un espíritu profundamente burgués e irracional cuya mediocridad se develaría una vez la feliz sociedad comunista reinara sobre la tierra. Desde luego, dado el capitalismo de mercado y las admoniciones religiosas de uno y otro signo imperantes en nuestros días, parece haber tenido mayor visión profética *sir* Edmund Burke cuando, en 1795, condenaba todo intento de socavar el orden jerárquico de la sociedad mediante la educación y sustento de los pobres por constituir “*una ruptura de de las leyes del comercio, que son las leyes de la naturaleza, y por tanto las leyes de Dios*”.

En definitiva: si la gramática del mundo es nuestra gramática, no parece que la sintaxis nos haya llevado por muy buen camino. Por eso, decía, en este tiempo de globalización, de posmodernidad, de no se sabe si choque de civilizaciones, fin de la historia o fin del planeta por consunción, lo que uno echa de menos no son los grandes relatos, sino las grandes transgresiones, lo cual no significa la repetición mimética de los gestos y audacias del pasado, sino la aparición de otras vanguardias, utópicas o no, portadoras de la esperanza de contruir otra sociedad y otro ser humano, otra otredad, aun cuando esa transitoria otredad suponga sólo un escorzo en el movimiento infinito. Por eso uno siente nostalgia de no sabe qué, aunque, enredado como sigue en su romanticismo, haciéndose respecto al mundo las mismas preguntas que los niños de Praga dirigían al dueño de cierto singular cruce entre cordero y gato -“*las preguntas más maravillosas, ésas que ningún ser humano puede contestar, por qué hay sólo un animal como ese, si antes que él existió otro animal así y cómo será una vez muerto, si se siente muy solo...*”-, es muy probable que esas vanguardias ya existan y no se haya

enterado. Tampoco importa demasiado: cuando mi hija y mis alumnos las descubran, espero que las vivan con pasión, y quizá hasta me lo quieran contar.